

encendido en nuestras almas la fé del patriotismo y la llama inextinguible de la esperanza, que recorre como un sol del cielo del porvenir.

—Adios, dijo Hidalgo y estrechando por última vez á Morelos, se separaron para reunirse tras ese velo azul que se abre para dar paso á los mártires y á los héroes.

Aquellos dos gigantes no cabian sobre el mismo pedestal.

Brillan como dos astros en el horizonte, caminando juntos á su zenit ascendiendo por el arco luminoso de la esfera para caer mas tarde en el inmenso sepulcro del ocaso.

II.

El cura Morelos partió solo á las regiones abrasadas del Sur, y como lo habia pronosticado, se encontraba á poco tiempo al frente de un ejército y alcanzando empresas dignas de los caballeros de la edad media.

—*Ese hombre debia haber sido mi soldado*, dijo el desterrado de Santa Elena.

Lord Wellington, el hombre de Waterloo, el que habia encadenado á una roca de los mares del Africa al aventurero de las Pirámides, al saber los detalles del sitio de Cuautla, rindió á Morelos un homenaje de admiracion como el genio de la política y de la guerra!

CAPITULO XXV.

SACERDOTE Y CAUDILLO.

I.

El ejército de Hidalgo caminaba sobre un campo de victoria, recibiendo las ovaciones de un pueblo que veia en él al genio de la libertad.

Los hombres del 15 de setiembre caminaban al frente de la multitud, guiándola siempre á la arena de la lucha y cosechando siempre los laureles de la victoria.

El ejército realista parado al borde de una horrenda sima, se defenderia hasta el último momento.

Don Torcuato Trujillo fué nombrado por Venegas jefe de la expedicion que debia ir al encuentro de Hidalgo.

La demencia humana señalaba á aquel miserable como la víctima expiatoria de la jornada.

Don Agustin de Iturbide solicitó pertenecer á la division y fué entre la turba realista á compartir el amargo brebaje de la derrota.

Colocóse una fuerza en el puente de Lerma, y Trujillo salió con el resto de su ejército á presentar batalla á los insurgentes sobre el camino de Ixtlahuaca.

Las avanzadas fueron descubiertas por los independientes y atacadas de una manera tan violenta, que fueron dispersadas y puestas en fuga á los primeros disparos.

Esto pasaba el 26 de octubre.

Trujillo á quien el pánico comenzaba á invadir, efectuó un movimiento retrógrado y tomó posiciones en la orilla del mismo Rio Grande, que pasa por la ciudad de Lerma formando una isleta en que está construida la poblacion, abrió una cortadura y levantó una fortificacion ligera para detener el avance del enemigo.

Permaneció en expectativa hasta el 28, mientras Hidalgo conocedor de los movimientos de los realistas, hacia una marcha rápida sobre el puente de Atenco para envolver las posiciones de Trujillo.

El 29 se dejó ver Hidalgo con su magnífico ejército sobre el camino real, amenazando con un falso ataque á sus contrarios, mientras efectuaba su movimiento sobre la retaguardia enemiga.

Trujillo recibió el parte de que Allende habia tomado el puente de Atenco: aquella noticia lo desconcertó y emprendió una segunda retirada al *Monte de las Cruces*, formidable posicion á seis leguas de la capital, y que le ofrecia ventajas que otro soldado hubiera sabido explotar con éxito, á tener el valor y conocimientos que le faltaban al jefe de tan infortunada expedicion.

Allende habia batido á los defensores del puente, y á las pocas horas se encontró en el terreno de los realistas, donde se acercaba Hidalgo con el resto de su ejército.

Trujillo esperó el asalto, fiado en el auxilio que pedia a la capital, pasando en la mayor ansiedad la noche del 29 al 30, en que tendria lugar indefectiblemente la batalla.

II.

Estamos en la mañana del 30 de octubre de 1810. El viento azota las copas de los pinos, que parecen quejarse con un rumor siniestro y prolongado.

Las hojas secas se arrastran en la llanura dispersadas por los huracanes, y las nubes se posan como sudarios en los picos de las montañas.

La atmósfera conserva aún el enfriamiento de la noche, ni una bandada de pájaros atraviesa aquel cielo opaco, donde se trasparente con dificultad la luz primera de la mañana.

Algunos remolinos de polvo se alzan en las mesas lejanas, subiendo en espirales á una grande altura y desapareciendo despues entre las arboledas de las montañas.

El silencio es solemne: tras esa majestad callada de la naturaleza se percibe algo que no puede explicarse, la cercanía del peligro.

Así debe sentir la paloma el primer aliento de la serpiente oculta entre las raices de los árboles.

Aquella calma de la tierra y del horizonte es siniestra: bien pronto la del cielo se turbará por los gritos de la pelea, y la de la tierra al recibir á torrentes la sangre, y al cavarse una inmensa sepultura en su seno.

Allá, mas allá de la última pendiente, donde comienza á aclararse el horizonte, se ve ascender entre las laderas una pequeña nube que va dilatándose como una manga de tormenta.

La nube crece, y se ensancha, y se prolonga, y se apodera en fin de un vasto espacio.

La luz del crepúsculo se va haciendo diáfana y rosada, alumbrando á la sirte que se adelanta majestuosa y serena á su destino como el torrente de la vida.

Entre aquella niebla comienza á divisarse el reflejo de las armas y un rumor vago como el de voces humanas traído por las ráfagas del aire que atraviesa la llanura, azotándose en las peñas y quebrándose en los breñales.

Luego aparece un grupo de hombres que parece acechar desde la altura: todo lo ven, todo lo examinan, sus miradas quisieran penetrar los bosques cercanos---- disparan sus flechas---- nada responde á su interrogacion de muerte.

Despues llega otro grupo---- despues otro, hasta descubrirse la vanguardia de un ejército, con sus cajas puestas á la espalda y plegadas sus banderas.

La soldadesca se posesiona del campo y bulliciosa y alegre se hace dueña de los accidentes del terreno, encendiendo fogatas y descansando sus armas en pabellones y formando círculos de plática militar.

Las mujeres de los soldados sueltan á sus hijos por el campo. ¡Infelices! cuantas de esas criaturas mueren ateridas por el frio ó golpe de una bala, en busca de aquellas filas donde el padre está desafiando á la muerte que el enemigo lanza en sus proyectiles!

Los batallones atraviesan buscando su formacion; se oyen las voces de los jefes y las disposiciones de los generales, que colocan á sus soldados en el terreno siguiendo el espíritu de sus combinaciones.

Toda es alegría, y charla, y carcajadas; nadie piensa en el peligro ni recuerda que dentro de breves instantes estará al frente del enemigo.

Por la cima de las montañas cruzan un sin número de soldados en una marcha trabajosa, amenazando los flancos del próximo valle teatro seguro de la batalla.

La multitud ve aquellos movimientos sin inquietarse, todo lo fia á la direccion de sus caudillos, que posesionados de aquel campo como las águilas, lo recorren en todas direcciones evi-

tando una de aquellas contingencias que comprometen el éxito de una batalla.

Una hora ha pasado, y la llanura, y los montes, y los bosques, y las cañadas, todo está invadido por la multitud; parece un pueblo en marcha, una ciudad que muda de habitacion.

Hidalgo, como el Moises de aquella generacion. que busca la *tierra prometida* de su libertad, preside al gran ejército que lo venera como á un Dios.

Su tránsito se señala por los gritos que el entusiasmo arranca al corazon generoso de sus soldados.

Todos se levantan, lo saludan, lo ven con interes, con curiosidad, como si no lo conociesen ni lo hubiera visto jamas.

Las mujeres de los soldados le presentan á sus hijos, y él los acaricia y los bendice.

La frente del anciano está nublada y sus ojos húmedos por las lágrimas.

Qué será de aquellos hombres que le han encomendado su destino?

Qué responsabilidad tan grande ante Dios y la humanidad! ¡Cuantos de aquellos que lo acompañan habrán muerto al espirar el dia!

Estas ideas que atravesaban en una sucesion fúnebre por el cerebro del hombre de la revolucion, se aclaraban al pensar que su sacrificio no seria estéril, y que merced á sus esfuerzos y la sangre de esos mártires, podian las generaciones aspirar en el flujo y reflujo humano el ambiente de la libertad.

Hidalgo se veia rodeado de la juventud, primeros relámpagos de la esperanza; contemplaba con ternura á esos hombres vigorosos cuya sangre encendida los arrojaba á los peligros mas inminentes y al mar siempre revuelto de las vicisitudes.

El anciano se encontraba de improviso sobre el terreno que habia soñado en los dias ardientes de su primera edad, y sin embargo, temblaba al considerar que la fatalidad podria herir de

muerte, no á la idea porque esa es inmortal, sino á su ejército, comprometiendo en la derrota la mas santa de las causas.

Detúvose en el centro de aquel teatro de gloria, y la inspiracion siempre fiel á su llamado, se dibujó en el arco de su frente acudiendo vigorosa como nunca á la evocacion de su alma gigante y atrevida.

Su ejército le contemplaba con admiracion!

Hidalgo ascendió á la roca histórica que un genio habia colocado en la llanura.

Sobre aquel pedestal de granito se mostró como la estatua del heroísmo á la posteridad.

Así le veneran las generaciones, así le cantan los poetas, así le admiran los historiadores, así lo adora la segunda generacion independiente!

Nuestros hijos se prosternan delante de esa piedra sagrada, monumento perenne levantado por Dios al genio de la libertad en nuestro suelo.

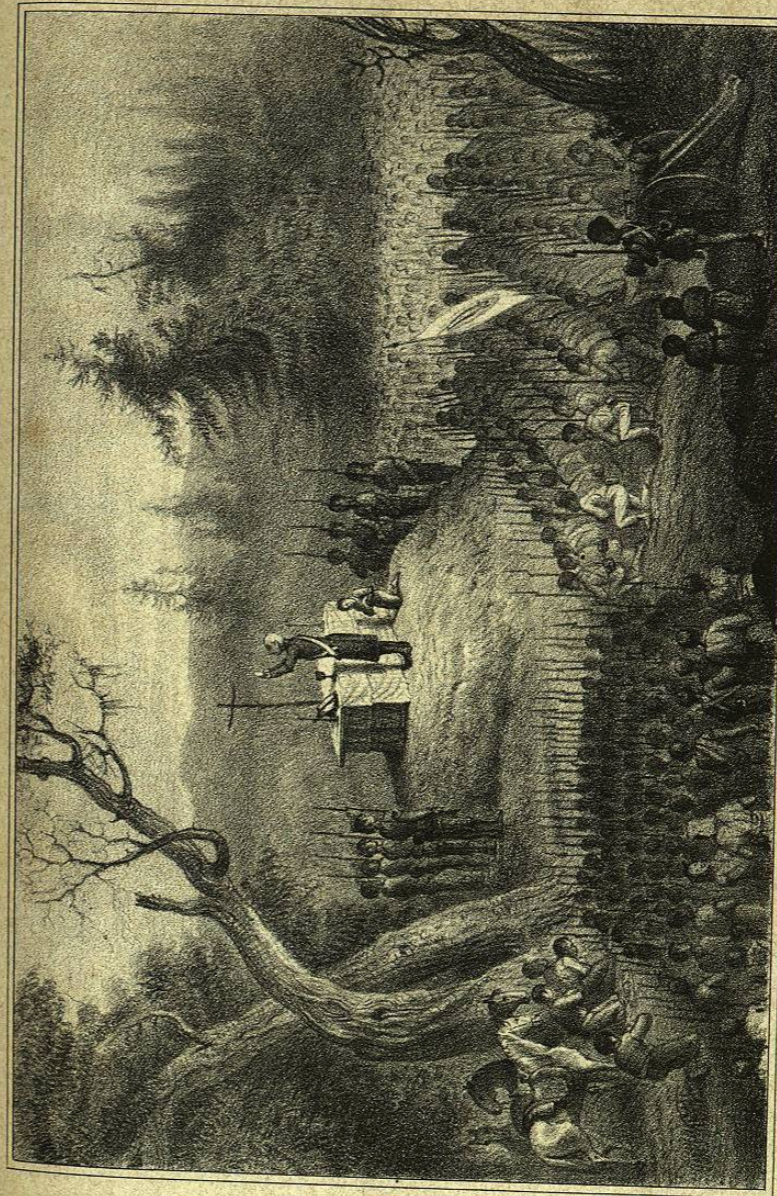
Desciñóse la espada y la tendió sobre la piedra que convirtió en un rústico altar.

Improvisó dos ramas en una *cruz*, y aquel signo sagrado, combinacion misteriosa que le habla al hombre de su *redencion*, lo colocó en la roca, sacó los vasos sagrados, prosternó su frente, levantó las manos al cielo y comenzó el sacrificio de la misa, ese recuerdo del Hombre-Dios que proclama desde la altura del Calvario delante de los siglos la emancipacion del espíritu humano!

Arrodillóse el ejército en un silencio religioso, rindió sus armas ante el ara de aquel á cuyos pies apaga el mar sus tempestades y el viento sus furores!

Sacerdote, llamó al espíritu de Dios en el misterio de sus palabras y en el oráculo de sus signos.

Y cuando Dios bajó á la *forma*, entonces con la voz del corazon y en medio de los himnos que levantaban las músicas de su ejército y el rumor religioso que se exhalaba de la mul-



El Monte de las cruces.

El Monte de las cruces.